

ró el regicidio sedienta de su sangre. Y todo vasallo leal debe abstenerse de darle tan malo y pérfido consejo.

TALBOT.—Si la Reina le concede este favor, ¿pondréis freno al generoso impulso de su clemencia?

BURLEIGH.—Está sentenciada: oprime su cuello el hacha del verdugo. Visitar á quien se halla destinada al cadalso, es acto indigno de Su Majestad; si la Reina se acerca á ella, la sentencia no podrá ejecutarse, porque la presencia real lleva consigo el indulto.

ISABEL (*enjugando sus lágrimas después de haber leído la carta*).—¿Qué es el hombre? ¿Qué es la dicha en este mundo?... ¿A qué extremo llegó esta Reina, la que empezó su carrera rodeada de tan halagüeñas esperanzas, la que fué llamada al más antiguo trono de la cristiandad, la que esperó ceñir su frente con tres coronas?... ¡Cuán diferente su lenguaje del que usaba cuando embrazó el escudo de Inglaterra y recibía de la lisonja el título de Reina de las islas Británicas! Dispensadme, milores. Invade mi alma la tristeza, se desgarran de dolor, cuando considero la movilidad de las cosas terrenas,... cuando siento pasar junto á mi las terribles manifestaciones del destino humano!

TALBOT.—¡Oh, Reina! Dios conmueve vuestro corazón; obedeced á esta inspiración divina; harto cruelmente ha expiado ya sus crueles delitos; tended la mano á quien tan bajo cayó, y descended como ángel de luz á las tinieblas de su calabozo.

BURLEIGH.—¡Firmeza, señora! No permitáis que perturbe vuestro ánimo laudable conmiseración; no os despojéis por vuestra propia mano de la libertad de obrar según convenga. No os es posible indultarla, ni salvarla; evitad, pues, el odioso cargo de que os permitisteis el cruel y sarcástico placer de apacentar vuestras miradas con el aspecto de la víctima.

LEICESTER.—Permanezcamos dentro nuestros lími-

tes, milores; la Reina es discreta, y no necesita de nuestros consejos para elegir el mejor partido. Fuera de que la entrevista de las dos reinas no tiene nada de común con el curso regular de la justicia. Pues las leyes de Inglaterra, y no la voluntad de nuestra soberana, han condenado á María, digno será de la magnánima Isabel obedecer á sus nobles impulsos, mientras la ley guarda su riguroso imperio.

ISABEL.—Retiraos, milores; hallaremos modo de conciliar la clemencia con los deberes que impone la necesidad... Entre tanto, retiraos. (*Se van los lores; llama á Mortimer.*) Sir Mortimer, una palabra.

ESCENA V

ISABEL.—MORTIMER

ISABEL (*después de haberle observado con penetrante mirada*).—Habéis dado pruebas de osada resolución, y de imperio sobre el propio ánimo, poco común á vuestra edad. Quien sabe practicar tan pronto el difícil arte del disimulo, contrae grandes méritos antes de tiempo y abrevia los años de aprendizaje. Os pronostico que estáis destinado á brillante carrera,... por fortuna, yo misma puedo hacer bueno mi pronóstico.

MORTIMER.—Gran Reina, cuanto puedo, y cuanto sé, está á vuestro servicio.

ISABEL.—Aprendisteis á conocer á los enemigos de Inglaterra, cuyo odio contra mí es implacable, cuyos sanguinarios proyectos no tendrán fin. Verdad que el Todopoderoso me ha protegido hasta ahora, pero la corona vacilará en mis sienes mientras viva aquella que sirve de pretexto á su fanático celo y fomenta sus esperanzas.

MORTIMER.—Mandad, señora, y dejará de existir.

ISABEL.—¡Ah! sir; creí alcanzado mi propósito, y

me hallo como el primer día. Mi intento era dejar obrar á las leyes, y conservar mi mano pura de sangre. Se ha pronunciado la sentencia; ¿y qué he adelantado con ello, si es fuerza que se ejecute, Mortimer, y yo debo dar la orden de la ejecución? Así recae siempre sobre mi la odiosidad del acto. Me veo forzada á consentirlo, y no puedo salvar las apariencias. ¡No conozco más aflictiva situación!

MORTIMER.—¿Y qué os importa tan penosa apariencia en una causa justa?

ISABEL.—No conocéis el mundo, caballero; todos nos juzgan por la apariencia y nadie por la realidad. Como no me es dado convencer á nadie de mis derechos, me veo obligada á obrar de modo que mi participación en su muerte quede envuelta para siempre en las sombras de la duda. En los asuntos de esta naturaleza, que se ofrecen bajo doble aspecto, la oscuridad es el único refugio; y lo peor, confesar algo, porque mientras nada se cede, nada se ha perdido.

MORTIMER (*con mirada penetrante*).—Así, lo mejor sería...

ISABEL (*con viveza*).—Sin duda, esto sería lo mejor. ¡Ah! Mi ángel bueno inspira vuestro labios. Proseguid, acabad, caro Mortimer. Sois reflexivo y penetráis en el fondo de las cosas; ¡cuánto os diferenciáis de vuestro tío!

MORTIMER (*sorprendido*).—¿Revelasteis tal deseo al caballero Pauleto?

ISABEL.—Y siento haberlo hecho.

MORTIMER.—Excusad á este anciano, que se haya vuelto escrupuloso con los años. Un golpe arriesgado como éste, requiere el valor y osadía juveniles.

ISABEL.—¿Puedo contar con vos?

MORTIMER.—Os prestaré mi brazo; salvad como podáis la reputación.

ISABEL.—¡Ah, Mortimer! Si me despertarais una

mañana diciéndome: María Estuardo, vuestra mortal enemiga, ha muerto esta noche...

MORTIMER.—Contad conmigo.

ISABEL.—¡Ah! ¡cuándo podré dormir tranquilamente!

MORTIMER.—En la próxima luna cesarán vuestros temores.

ISABEL.—Adiós, sir Mortimer. No os preocupéis por que se cubra mi gratitud con el velo de la noche. El silencio es el dios de los dichosos... los lazos más fuertes y tiernos, los que envuelve el misterio... (*Se va.*)

ESCENA VI

MORTIMER

Anda, falsa é hipócrita mujer; te engaño, como tú al mundo. Es justo, es bello hacer traición á un sér como tú... ¡Pues qué! ¿tengo yo cara de asesino? ¿Has visto en mi frente la aptitud para el crimen? Fíate de mi brazo, y retira el tuyo, y ofrece al mundo el piadoso y falso aspecto de la clemencia. Mientras confías en secreto con el auxilio de un asesinato, vamos ganando tiempo para libertarla. ¡Pretendes elevarme!... me muestras de lejos preciosa recompensa: ¡ni aun que consistiera en ti y en tus propios favores!... No me seduce la ambición de vana gloria... ¡Ah! sólo junto á ella se encuentra el encanto de la existencia... en torno suyo se agrupan sin cesar, formando alegres coros, los dioses de la gracia y de la dicha juvenil; en su seno mora el paraíso, y tú sólo puedes darme fríos placeres... Nunca conociste tú la mayor felicidad, el mayor encanto de la vida, la ventura del alma que fascinada y fascinando, se entrega á otra en un momento de olvido!... Nunca poseíste la verdadera coro-

na de tu sexo; jamás colmaste de ventura á un hombre con tu amor... Me será preciso aguardar á ese lord, para darle la carta... ¡Odiosa comisión! No me es nada simpático este palaciego... yo solo, quiero libertarla; para mí el peligro... la gloria... y la recompensa.

(Cuando se dispone á salir, encuentra á Pauleto.)

ESCENA VII

MORTIMER.—PAULETO

PAULETO.—¿Qué te ha dicho la Reina?

MORTIMER.—Nada, sir Pauleto, nada importante...

PAULETO (*mirándole, severo*).—Oye, Mortimer; te hallas en resbaladizo y engañoso terreno. El favor real atrae; la juventud suele ser ávida de honores... ¡Cuidado con dejarte llevar de la ambición!

MORTIMER.—¡Si vos mismo me habéis traído á la corte!

PAULETO.—Ya me arrepiento de ello. No fué en la corte donde adquirió nuestra casa su gloria. ¡Sé fuerte, sobrino mío; no vayas á comprar caro el favor!... ¡Cuidado con ofender la conciencia!

MORTIMER.—¡Qué ocurrencias tenéis!... vaya un temor...

PAULETO.—Por alto que sea el puesto que la Reina te prometa, no fíes en sus lisonjeras palabras, y piensa que ha de desconcertarte cuando hayas obedecido... Querrá conservar su nombre puro de toda mancha, y vengará el asesinato por ella ordenado.

MORTIMER.—¿El asesinato, decís?

PAULETO.—Basta de disimulo; sé lo que te ha indicado la reina, creída de que tu ambiciosa juventud sería más complaciente que mi inflexible ancianidad... ¿Le has prometido?... ¿le has...

MORTIMER.—¡Tío!

PAULETO.—Si lo hiciste te maldigo, te rechazo!

(*Entra Leicester.*)

LEICESTER.—¡Sir Pauleto! permitidme decir dos palabras á vuestro sobrino. La Reina se halla muy dispuesta en su favor y quiere confiarle enteramente la guardia de María Estuardo... descansa en su fidelidad...

PAULETO.—Fía en... Bien.

LEICESTER.—¿Qué decís, caballero Pauleto?

PAULETO.—La Reina fía en él, y yo, milord, fío en mí y abro mucho los ojos.

(*Se va.*)

ESCENA VIII

LEICESTER, MORTIMER

LEICESTER (*sorprendido*).—¿Qué idea preocupa á vuestro tío?

MORTIMER.—No lo sé. La inesperada confianza que me acuerda la Reina...

LEICESTER (*fijando en él su mirada*).—¿Merecéis, caballero, que se fíen de vos?

MORTIMER.—Os haré la misma pregunta, milord Leicester.

LEICESTER.—¿Tenéis algo que decirme en secreto...

MORTIMER.—Aseguradme que puedo atreverme á ello.

LEICESTER.—¿Y quién me responde á su vez de vos? Suplico que no os ofendáis por mi recelo, porque os veo presentar dos caras en la corte. Una de ellas es necesariamente falsa, ¿pero cuál es la verdadera?

MORTIMER.—Lo mismo he notado en vos, conde Leicester.

LEICESTER.—¿Cuál de ambos ha de ser el primero en dar pruebas de confianza?

MORTIMER.—Quien arriesgue menos en ello.

LEICESTER.—Entonces sois vos.

MORTIMER.—No, vos. El testimonio de un lord poderoso y respetable puede perderme, y en cambio el mío sería impotente contra vuestra condición y favor.

LEICESTER.—Os engañáis, sir Mortimer; soy poderoso para todo, mas por lo que dice al asunto delicado que debo confiar á vuestra buena fe, soy el hombre menos influyente de la corte y una miserable declaración podría perderme.



MORTIMER.—Puesto que el omnipotente lord Leicester se humilla en mi presencia hasta el punto de hacerme semejante confesión, será preciso que yo me atreva á más, dándole un ejemplo de grandeza de alma.

LEICESTER.—Confiad en mi, y yo os imitaré.

MORTIMER (*presentando la carta*).—He aquí lo que os envía la Reina de Escocia.

LEICESTER (*asustado, toma la carta con precipita-*

ción).—Hablad bajo, sir; ¡qué ve!... ¡Oh! ¡Dios! su retrato. (*Lo besa y contempla con muda admiración.*)

MORTIMER (*que durante este rato le ha observado*).—Ahora, milord, fío en vos.

LEICESTER (*después de leída la carta*).—Sir Mortimer, ¿conocéis el contenido de esta carta?

MORTIMER.—No sé nada.

LEICESTER.—¡Sin duda ella os confió...

MORTIMER.—Nada me ha confiado; me ha dicho que vos me explicaríais este enigma. Porque es un enigma para mí, que el conde Leicester, el favorito de Isabel, el enemigo declarado y juez de María, sea precisamente el hombre de quien la Reina espera la libertad. Debe, sin embargo, ser así, porque harto claro expresan vuestros ojos lo que sentís por ella.

LEICESTER.—Explicadme antes cómo ha sido que os interesarais de tal modo por su suerte, y cómo habéis ganado su confianza.

MORTIMER.—Muy sencillo, milord. Abjuré mi religión en Roma, y estoy en relaciones con los Guisas. Á una carta del arzobispo de Reims, debo el estar bien quisto con la Reina de Escocia.

LEICESTER.—No ignoro que habéis mudado de religión y esta es la causa de mi confianza. Dadme la mano y excusadme mis recelos. Toda precaución es poca por mi parte, porque Walsingham y Burleigh me odian, y sé que me observan y me tienden lazos: podíais haber sido vos instrumento suyo, para atraerme á ellos.

MORTIMER.—¡Con cuánta cautela se ve obligado á andar en esta corte, tan poderoso señor!... ¡Conde, os compadezco!

LEICESTER.—Me arrojo con júbilo en brazos de un amigo fiel, para libertarme de prolongada opresión. Os sorprende, sir, mi rápida mudanza con respecto á María, pero sabed que en realidad no la he odiado

nunca, y sólo el imperio de las circunstancias me ha convertido en adversario suyo. Muchos años há, como no ignoráis sin duda, debía casarse conmigo antes de dar la mano á Darnley, y cuando el esplendor de su grandeza la rodeaba todavía. Rechacé entonces con frialdad semejante ventura, y hoy que se halla encarcelada y al borde del sepulcro, hoy quisiera alcanzar su amor, aun á riesgo de mi vida.

MORTIMER.—¡Generoso proceder!

LEICESTER.—En el decurso del tiempo las cosas han cambiado. Mi ambición me hizo insensible á la juventud y á la belleza. Casarme con María entonces, era dicha harto pequeña para mí; esperaba poseer la Reina de Inglaterra.

MORTIMER.—Se sabe que os prefería á los demás.

LEICESTER.—Parecía así, Mortimer, y ahora después de diez años de sujeción... de haberla galanteado sin descanso... ¡Ah! ¡Mortimer!... mi corazón se explaya, fuerza es que me alivie de prolongado fastidio!... ¡Si se supiera lo que son las cadenas que me envidian!... Después de haber sacrificado diez interminables años de amarguras al ídolo de su vanidad, después de soportar con la resignación del esclavo sus caprichos de sultana, y de haberme convertido en su juguete, tolerando sus menores extravagancias, ora acariciado con ternura, ora rechazado con orgullosa gazmoñería, así atormentado por su favor, como por su severidad, custodiado como un prisionero por la inquieta mirada de los celos, tratado como un niño, insultado como un lacayo... ¡Oh! ¡No hay palabras que expresen, que pinten semejante infierno!

MORTIMER.—Os compadezco, conde.

LEICESTER.—Y cuando llego al término de mis afanes me escapa la recompensa y viene otro á arrebatarme el fruto de tan cara constancia. Un esposo joven á quien adornan brillantes cualidades, me despoja de los

derechos que poseía tanto tiempo há. Me veo obligado á descender de este teatro, donde brillé y ocupé el primer puesto, porque no es sólo su mano, sino su favor lo que este recién venido va á quitarme; él es galante, y ella es mujer.

MORTIMER.—Hijo de Catalina, en buena escuela aprendió el arte de la adulación.

LEICESTER.—Veo, pues, fallidas todas mis esperanzas. En el naufragio de mi dicha, busco una tabla de salvación, y convierto los ojos hacia mis primeras y bellas ilusiones. De nuevo se presenta á mi memoria la imagen de María, en todo el esplendor de sus hechizos; de nuevo recobran su imperio la juventud y la hermosura. No es ya la fría ambición, sino mi corazón quien compara y siente qué gran tesoro ha perdido. La veo hundida en el abismo de la desgracia, y por mi culpa; nace en mi alma la esperanza de libertarla, de salvarla. Pude entonces darle á conocer, por medio de fiel emisario, el cambio de mi corazón, y en esta carta que me habéis traído, me asegura que me perdona, y que si la salvo, será mía en recompensa.

MORTIMER.—Nada habéis hecho por libertarla. Permitís que la condenen á muerte; vos mismo votasteis por la pena capital. Ha sido necesario un milagro, ha sido necesario que la luz de la verdad iluminara al sobrino de su carcelero, y que Dios le preparase inesperado libertador desde el Vaticano; de otro modo carecía de medio alguno para llegar hasta vos.

LEICESTER.—¡Ah! sir Mortimer... ¡Cuánto me ha hecho padecer todo esto! Últimamente fué trasladada del castillo de Talbot á Fotheringhay, y confiada á la severa confianza de vuestro tío, con lo que me fué vedada toda comunicación con ella, y debí continuar persiguiéndola á los ojos del mundo. Mas no creáis que hubiese podido dejarla morir. No; esperé y espe-

ro todavía impedir esta catástrofe hasta que se ofrezca modo de libertarla.

MORTIMER.—Se ha hallado ya, Leicester; vuestra noble confianza merece que corresponda á ella; quiero libertarla yo, y á eso he venido; todo está preparado y vuestro poderoso auxilio nos asegura éxito feliz.

LEICESTER.—¡Qué decís!... ¡Me asustáis!... ¡Cómo! ¡querriais!...

MORTIMER.—Arrancarla por la fuerza de la prisión. Cuento con algunos auxiliares; todo está preparado.

LEICESTER.—¡Tenéis cómplices y confidentes! ¡Desdichado de mí!... ¡En qué arriesgado proyecto me habéis metido!... ¿Saben también ellos mis secretos?

MORTIMER.—Tranquilizaos; para nada figuráis en el complot, que se habría ejecutado ya, si ella no hubiese querido deberos su salvación.

LEICESTER.—¡Así podéis asegurarme con certeza que no se ha pronunciado mi nombre en vuestra conjuración!

MORTIMER.—Os lo aseguro. Mas, ¿por qué tales inquietudes, cuando oís una noticia favorable á vuestros designios?... ¡Queréis libertar á María y poseerla, halláis de pronto auxiliares inesperados, se presenta un medio pronto, como caído del cielo, y manifestáis más embarazo que júbilo!

LEICESTER.—Nada puede tentarse por la fuerza; es empresa muy peligrosa.

MORTIMER.—También lo es la tardanza.

LEICESTER.—Os repito, caballero, que no cabe intentar lo.

MORTIMER (*con amargura*).—No por vos que queréis poseerla, pero nosotros, que sólo aspiramos á libertarla, no vacilamos tanto.

LEICESTER.—Joven, obráis con harta ligereza tratándose de un asunto espinoso y erizado de peligros.

MORTIMER.—Y vos obráis con harta prudencia tratándose de una cuestión de honra.

LEICESTER.—Veo los lazos que nos rodean.

MORTIMER.—Me siento con valor bastante para romperlos todos.

LEICESTER.—Este valor es temeridad, es locura.

MORTIMER.—Vuestra prudencia, milord, no se parece en nada á la valentía.

LEICESTER.—¿Tanto es vuestro deseo de acabar como Babingthor?

MORTIMER.—¿Tanta es vuestra repugnancia á imitar la grandeza de alma de Norfolk?

LEICESTER.—Norfolk no llevó á María al altar.

MORTIMER.—Pero demostró que era digno de ello.

LEICESTER.—Perdiéndonos, no la salvamos.

MORTIMER.—Ni pensando en la propia conservación tampoco.

LEICESTER.—¡Si no queréis reflexionar!... ¡Si no queréis oír!... Con vuestra ciega impetuosidad destruis la obra que se hallaba en vías de éxito.

MORTIMER.—¿Qué obra?... ¿La que habéis comenzado?... ¿Qué habéis hecho para libertarla? Si fuese yo un miserable capaz de asesinarla como me ordenó la Reina, y como en este instante espera que lo haré, decidme ¿qué precaución habéis tomado para salvar su vida?

LEICESTER (*sorprendido*).—¿La Reina os dió esta orden sangrienta?

MORTIMER.—¡Se ha engañado conmigo, como se engañó María con vos!

LEICESTER.—¿Y prometisteis?... Habéis...

MORTIMER.—Para que no comprara otro brazo, ofrecí el mío.

LEICESTER.—Habéis obrado perfectamente; esto nos deja a nuestras anchas; como la Reina fia en vuestra promesa, la sentencia de muerte no se ejecutará y entre tanto ganamos tiempo.

MORTIMER (*impaciente*).—No; perdemos tiempo.

LEICESTER.—Puesto que fia en vos, mayor será su empeño en mostrarse clemente á los ojos del mundo. Tal vez podré persuadirla á que visite á su rival y este paso le atará las manos, porque como dice muy bien Burleigh, la sentencia no podrá ejecutarse desde el momento en que la Reina la haya visto. Si; quiero intentarlo... lo dispondré todo á ese fin.

MORTIMER.—¿Y qué obtendréis con esto? Si ve que se ha engañado con respecto á mí, si María continúa viviendo, las cosas volverán al mismo estado de antes. Lo mejor que pueda sucederle, es que sea condenada á perpetua cautividad... y será preciso acabar con un arranque de osadía. ¿Por qué no empezar desde luego por aquí? Tenéis en vuestras manos el poder; podéis congregiar un ejército, aunque fuera tan sólo armando á la nobleza de vuestros dominios. María por su parte cuenta con buen número de amigos secretos. Las nobles casas de Howard y de Percy, no obstante de haber muerto sus jefes, son ricas en héroes, y aguardan sólo que un lord poderoso les dé el ejemplo. Basta ya de disimulos; obremos con franqueza. Defended como caballero á vuestra amada, y combatid noblemente por ella. Seréis dueño de la Reina de Inglaterra cuando queráis. Atraedla á uno de vuestros castillos donde os siguió alguna vez, y allí portaos como hombre, hablad como dueño. ¡Retenedla en vuestro poder hasta que haya devuelto la libertad á María Estuardo!

LEICESTER.—Me sorprendéis y me asustáis al propio tiempo... ¿A dónde os conduce vuestro delirio?... ¿Conocéis este país? ¿Sabéis lo que ocurre en la corte?... ¿Sabéis con qué estrechas ligaduras ha encadenado los ánimos el imperio de esta mujer? En vano buscaréis el heroico ardor que animaba en otro tiempo esta comarca. Bajo el yugo de Isabel, el valor se trocó en abatimiento, y la energía yace comprimida. Seguid mis consejos; no emprendáis nada sin reflexión... Siento pasos. Salid.

MORTIMER.—María aguarda, y vuelvo á ella con fútiles consuelos.

LEICESTER.—Llevalde la seguridad de mi eterno amor.

MORTIMER.—¡Llevádsela vos! Me ofrecí á ser el instrumento de su libertad, no el emisario de sus amores. (Se va.)

ESCENA IX

ISABEL.—LEICESTER

ISABEL.—¿Quién acaba de dejaros?... He oído hablar.

LEICESTER (*volviéndose rápidamente al oír á la Reina, perturbado*).—¡Sir Mortimer!

ISABEL.—¿Qué os pasa, milord?... ¡Estáis muy conmovido!

LEICESTER (*serenándose*).—Vuestro aspecto... Nunca me habiais parecido tan encantadora. Estoy deslumbrado por vuestra belleza. ¡Ah!...

ISABEL.—¿Por qué suspiráis?

LEICESTER.—¿Acaso no tengo motivos para suspirar?... La contemplación de tales hechizos renueva en mí el inefable dolor de la pérdida que me amenaza.

ISABEL.—¿Qué perdéis?

LEICESTER.—Pierdo vuestro corazón; os pierdo á vos, ¡tan digna de ser amada! Muy pronto os sentiréis feliz en brazos de joven y entusiasta esposo que reinará como dueño absoluto en vuestro corazón. Es de sangre real, y yo no lo soy; mas desafío al mundo entero, á ver si es posible hallar en la tierra quien sienta por vos más profunda adoración que yo. El duque de Anjou no os ha visto nunca, y sólo puede amar vuestra gloria y esplendor... Pero yo, yo te amo á ti... y aunque fueras humilde pastora y yo el más

poderoso príncipe del orbe, descendería á ti para depouner mi corona á tus plantas.

ISABEL.—Compadéceme, Dudley, y no me reconven-gas... No me atrevo apenas á interrogar mi corazón... ¡Cuán diversamente hubiese elegido!... ¡Ah, cómo envidio á las demás mujeres la facultad de elevar has-ta ellas al hombre que aman! No soy tan feliz que pue-da ceñir con mi corona la frente de aquel á quien amo más que nada en el mundo. La Estuardo, sí, pudo otorgar su mano, cediendo á la propia inclinación; todo se lo permitió, y apuró la copa de los placeres.

LEICESTER.—Ahora apura la del dolor.

ISABEL.—Para nada tuvo en cuenta el que dirán. Su vida fué grata; nunca se impuso el yugo, al cual me he sujetado. También yo hubiese podido gozar de la vida, y respirar libremente, y á ello preferí los auste-ros deberes de la realeza. Y no obstante obtuvo con su conducta el favor de los hombres, porque no as-piró á más que á ser mujer, y jóvenes y viejos le rin-den homenaje. Así son ellos; siempre ávidos de pla-cer. Vuelan anhelantes tras alegres y frívolos pasa-tiempos y en nada estiman cuanto es digno de estima-ción. ¿No parecía remozado el mismo Talbot cuando se le ocurrió hablarnos de los atractivos de esta mujer?

LEICESTER.—Excusadle; fué su carcelero, y la arti-ficiosa María lo sedujo con sus lisonjeras palabras!

ISABEL.—¿Será verdad que sea tan hermosa? Tanto he oído celebrar su rostro que desearía saber á qué atenerme. Los retratos suelen adular, y las descrip-ciones son mentirosas; sólo me fío de mis propios ojos. ¿Por qué me miráis de un modo tan singular?

LEICESTER.—Os imagino al lado de María. Confieso que sería para mí un placer si pudiésemos lograr se-cretamente veros en presencia de María, pues por-primera vez triunfaríais por completo de ella. Quisie-ra contemplar su humillación, cuando por sus pro-

pios ojos (porque la envidia tiene la mirada pene-trante) se convenciera de vuestra superioridad así en la nobleza de vuestra fisonomía como en las demás cualidades.

ISABEL.—¡Pero ella es más joven!

LEICESTER.—¡Más joven! No se diría al verla. Sus padecimientos, en verdad, la han envejecido antes de tiempo. Lo que amargaría más su pena, sería veros desposada. Se desvanecieron á su espalda las dulces ilusiones de la vida, y en cambio, os viera caminando hacia la felicidad, desposada con un príncipe de Fran-cia. ¡Qué golpe para ella, que se envanecía de su alianza con esta nación, y confía aún en su apoyo!

ISABEL (*con cierto descuido*).—Muchos me instan para que la vea.

LEICESTER (*con viveza*).—Ella lo pide como una gracia, concedédselo como un castigo; preferiría ser conducida por vos al cadalso, á verse eclipsada por vuestros hechizos,... así descargáis sobre ella el golpe mortal con que quiso heriros. Cuando contemple vuestra belleza, custodiada por el honor, ilustre por la virtud, por una reputación sin mancha, que des-precio para entregarse á sus locos amores; cuando la vea realizada por el esplendor de la corona, ornada con el velo nupcial, entonces sonará la hora de su rui-na. Sí; al contemplaros, paréceme que nunca como hoy, os hallasteis en estado de alcanzar el premio de la victoria. Yo mismo, en el punto en que entrabais, quedé como fascinado por luminosa aparición. ¡Pues bien! ahora, ahora mismo, tal como estáis, mostraos á ella,... no podréis hallar más favorable momento.

ISABEL.—¿Ahora?... no, ahora no, Leicester. Con-viene antes que lo medite, y que Burleigh...

LEICESTER (*con viveza*).—¡Burleigh!... Sólo se ocu-pa en lo conveniente al reino. ¡Pero vos, como mujer, tenéis también algún derecho! Este delicado asunto

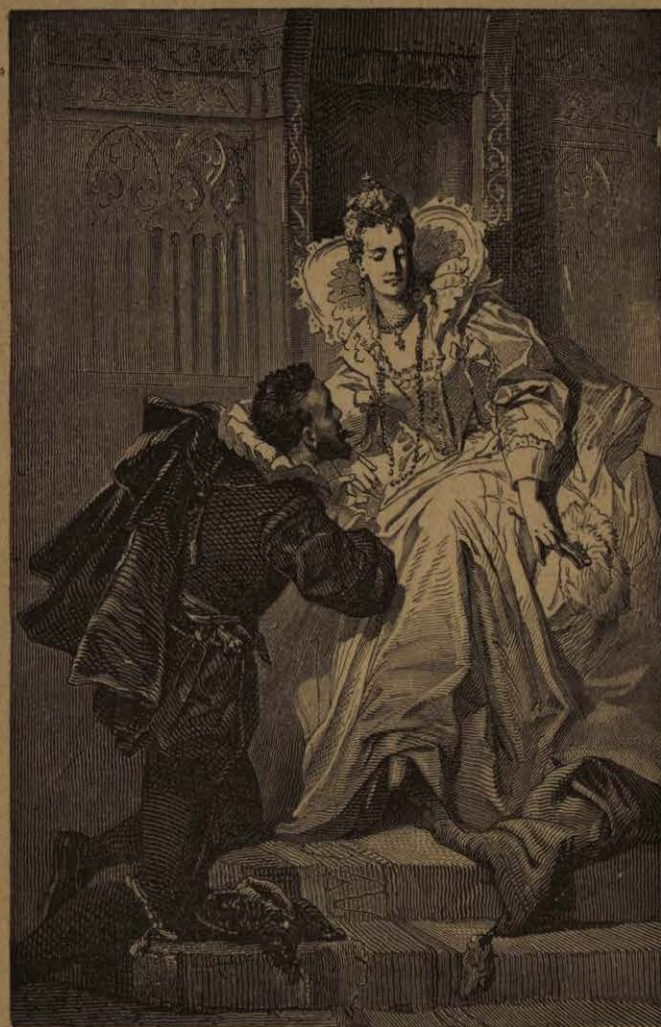
es de vuestra incumbencia y no de la del hombre de Estado. Y por otra parte los mismos intereses de la política exigen que la veáis, y que os reconciliéis con la opinión por medio de un acto de generosidad. Después ya os desharéis de ella como os plazca.

ISABEL.—No es decoroso que vea á una parienta mía bajo el peso de la humillación y la necesidad. Dicen que en torno suyo no brilla el menor resto de su antiguo poder real, y el aspecto de tantas privaciones sería para mí un reproche.

LEICESTER.—No será indispensable que entréis en sus habitaciones. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve á maravilla. Hoy se celebra una gran partida de caza que nos conducirá á Fotheringhay. María puede hallarse en el parque, y vos entraréis en él como por acaso, porque es preciso que nada parezca preparado con anticipación, y si os repugna hablarla, no le hablaréis.

ISABEL.—Si cometo una locura, la culpa será vuestra y no mía, Leicester. Hoy no quiero negaros nada, porque sois entre todos mis vasallos á quien he afligido más. (*Le mira con ternura.*) Aunque sea tan sólo un capricho vuestro, prueba es de afecto conceder espontáneamente lo que no aprobamos.

(*Leicester cae de rodillas. Telón.*)



La reina Isabel y Leicester